

El día que la maestra no dio la lección

En los siete años que cursé en el Varela hubo una sola vez que estando todos los alumnos en el aula la maestra no dio la lección.

Tampoco tuvimos la ansiada clase de Canto que todos los miércoles nos daba el maestro Juan Protasi. Juan no solamente ajustaba los coros en los festejos patrios. Siempre ensayábamos algún tema popular. En ese entonces la canción de turno era "Cuando salí de La Habana". Él cambió algunos versos y la renombró "Cuando salí de mi tierra".

Pero ese era un día especial. 30 de junio de 1954: En Lausana (Suiza) la selección uruguaya de fútbol se jugaba con su par de Hungría el pasaje a la gran final del campeonato del mundo.

Montevideo palpitaba por el acontecimiento. Era el tema excluyente en la prensa oral y escrita.

Como casi todos los días mi padre me llevaba en auto al colegio. De pronto me dijo: "Tengo una cábala que no me puede fallar". A la altura de Sierra y La Paz aminoró la marcha, bajó la ventanilla y saludó con la mano al grito de "¡Maestrooo!", también en voz alta agregó: "¡Mire que aunque no juegue Obdulio igual ganamos!". El destinatario del saludo que respondió agitando el puño en alto era alguien de túnica celeste, peinado a la gomina con raya al medio. Se trataba nada menos que de José Piendibene gloria de Peñarol y de la celeste. El otrora crack estaba apostado en la puerta de su negocio, una agencia de lotería.

Una vez en el salón de clase - templado por una de aquellas estufas eléctricas con pantalla reflectora - en un ambiente ruidoso y alborotado como nunca, nos esperaba una sorpresa. Un hecho inusual - irrepetible en mi ciclo escolar - que rompió con toda formalidad y el protocolo de entonces. Algo que en la actualidad y en esas circunstancias es considerado normal en centros de enseñanza y lugares de trabajo. Sobre el escritorio de Sara, nuestra maestra de cuarto grado, se alzaba majestuosa la protagonista de la tarde: ¡una radio General Electric en la que íbamos a escuchar el partido!

La algarabía fue indescriptible.

La función dio comienzo a las dos de la tarde. El “puntapié inicial” en la clase lo dio Angelita Chiesa, secretaria de la Sección Varones, quien golpeando las manos exhortó a que cada uno ocupara su lugar.

De ahí en más todo fue pura emoción. La voz de Carlos Solé cada dos por tres se perdía; la maestra, impaciente, apagaba y prendía la radio o con golpecitos de puño la hacía resurgir. Así tuvimos la suerte de poder festejar como locos los goles de Hohberg.

Poco antes de terminar el partido, el grito de gol se ahogó en la garganta del relator. Sara también logró reprimir una palabra inapropiada que quería escapársele. El motivo: un charquito había retenido el tiro del “Pepe” Schiaffino en la puerta del arco. El final es conocido..., nos ganaron en el alargue.

A pesar de haber perdido quedamos contentos. La cábala de mi padre falló, pero de todos modos pasamos una tarde vareliana que quedó eternizada en mi recuerdo.

